

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN textos y documentos

Número 248

Valencia, 7 de Octubre de 1937

María Carbonell, 2

OPINIONES

La revolución española

A mi juicio, todo lo que acontece en España, desde hace seis años, tiende a la creación de una conciencia revolucionaria hasta esa época inexistente, entendida la palabra revolución en su sentido más lato, sin apellido alguno. En nuestro país adquirir conciencia revolucionaria no es otra cosa, hasta ahora, sino adquirir conciencia nacional, conciencia de la responsabilidad colectiva, de los afanes colectivos. Algunas gentes van murmurando por ahí que la revolución se ha perdido porque no se ha logrado ninguno de los múltiples ensayos revolucionarios intentados al socaire de una ocasión absolutamente inesperada e imprevisible. Es un error. La revolución se ha hecho muchísimo más profunda y valiedera que si uno cualquiera de los dichos ensayos hubiera prevalecido sobre los otros. Un triunfo de esta índole, conseguido merced a circunstancias fortuitas no hubiera perdurado mucho tiempo. El azar tiene una parte pequeñísima en el rumbo de los acontecimientos humanos. Viene a ser como la simiente de la parábola. Su destino va ligado a la tierra donde cae. No es la simiente, sino la tierra que la acoge quien dispone la suerte del germen encerrado en el diminuto seno. Ella se da igual al «humus» que al camino polvoriento y pedregoso. En el «humus» crece y en el camino muere antes de nacer. Así ha ocurrido con la siembra a voleo de las simientes revolucionarias porque un tirón violento las desparramó por el suelo. No había habido conciencia previa de sembrador; no había habido preparación adecuada y suficiente —suficiente sobre todo— de la tierra de sembradura. No podían, por tanto, medrar. Y además cayeron muchas juntas, unas se estorbaban a otras, todas querían ser las primeras y, la que más, llegó a esbozar tímidamente breves tallitos tempraneros, débiles para tantas «rosadas» como les han caído y les tienen que caer encima.

La revolución no se ha perdido porque se hayan perdido pequeños brotes revolucionarios ajenos por completo a la razón suprema que provocó el alzamiento del pueblo. La revolución se ha hecho en aquello para lo que estábamos preparados; se ha favorecido el crecimiento, la expansión mejor, de la conciencia de la necesidad absoluta de una transformación fundamental en la manera de ser política y social española.

¿Nada más? Sí, algo más de índole práctica, pero aquello no es poco. Al contrario. A mí me parece lo más importante que se puede hacer en nuestro país. Mejor aún. Me parece el primer paso imprescindible sin el cual todo intento revolucionario concreto sería simiente caída entre piedras ariscas. La guerra nos ha traído, contra nuestra voluntad, la culminación de un proceso moral que se estaba operando lentamente en el alma española. Proceso de integración nacional, de seguridad del pueblo en sí mismo y de confianza en el propio esfuerzo, de fe en el porvenir de la patria. Apreensiones o vagos presentimientos de estos conceptos trajeron la República de 1931; parecieron dormidos en el bienio republicano, se perfilaron con más viveza en los dos años de opresión vaticana y han adquirido pleno significado con la sangre y el dolor de catorce meses de guerra espantosa.

¿Es esto poco? Habrá quien lo crea, pero, decidme, sin la existencia de este recio entramado espiritual ¿qué conquistas revolucionarias pueden tenerse en pie? La revolución en los talleres, en las fábricas, en el Gobierno mismo de los pueblos, es una palabra vana, si no se ha transformado previamente el alma de la muchedumbre sobre los cuales se opera. Las revoluciones no se regalan, ni tocan como la lotería, quiero decir que no vienen de fuera a dentro. El estímulo exterior sirve, con efecto, para romper la costra que ahorra las llamas volcánicas, pero si no existe combustión interna todo queda reducido a un agujero abierto que el tiempo se encargará de cubrir. Nunca se hizo pozo artesiano sin veta de agua subterránea, ni miel de abeja sin panal. A la fantasía y a la resolución de los hombres les son concedidas atribuciones que a veces parecen tocar en el milagro, pero jamás llegan, como dice el pueblo, a «sacar de donde no hay».

Y no había en España, en los fondos entrañables del alma española, temperatura marxista, ni temperatura anarquista, aunque hubiera grupos que ardieran con uno u otro fuego. Había temperatura de justicia y libertad, que cogía a todos los españoles merecedores de serlo, y a su presión se echaron a la calle y marcharon luego en caravanas delirantes de fe ciega en su destino heroico hacia los campos que habían de ser campos de crueles y sangrientas batallas.

Califiqué, en estas mismas columnas, de verdad sencilla, el hecho de que el Frente Popular, coalición electoral que gobernaba a España en julio de 1936, siguiera gobernando a España en septiembre de 1937. De esta verdad, y con idéntica sencillez se desprenden otras, la más importante ésta: la razón profunda que mueve hoy al Ejército regular español es la misma que arrancó hace un año de sus hogares y de su vida habitual a tantos miles de ciudadanos pacíficos. ¿Qué razón? Derrotar al fascismo, aniquilar al conglomerado de traidores sublevados contra su patria y vendidos al extranjero. No hay más. Pero ¿y la revolución? Contesto. ¿Creen ustedes que es pequeña revolución, es decir, que es pequeña transformación de la vida española la que sobrevendrá automáticamente, con la derrota del fascismo y la desaparición de todas las clases sociales implicadas en él?

PAULINO MASIP

(Escrito expresamente para el SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN.)

Se autoriza la reproducción de cuanto se publica en este BOLETÍN

Hablando con el general Miaja

El general Miaja dijo a los periodistas que había recibido una carta del embajador de Inglaterra en España, transmitiéndole otra del ex marqués de Larios, en la que este aristócrata da las gracias al general Miaja por las atenciones que había tenido para con su sobrina y demás familiares suyos hechos prisioneros en el frente de Brunete cuando el Ejército Popular conquistó aquel pueblo.

Franco,
"invencible
como un César,
joven y risueño
como un príncipe natural",
condecora a
sus aliados

El "generalísimo" celebró el primero de octubre actual el aniversario de su elevación a la más alta magistratura de su Imperio. Imperio imaginario, en los aires, tan en los aires como el mismo Franco —caudillo imaginario y volante también, fantástico serpenteo de la traición— que no logra marcar la huella de su pie menudo sobre la tierra de España.

"El Diario Vasco", de San Sebastián, del día 2 de octubre, reproduce los decretos que el "caudillo", en vilo por los aires y envilecido entre las dos luces de la traición, ha promulgado para premiar "con ánimo ancho y generoso los esfuerzos de todos".

"En virtud de este decreto se instaura la Gran Orden Imperial de las Flechas Rojas, como supremo galardón del Estado al mérito nacional". Tal dice el artículo primero del ilegal decreto. Pero Franco se empeña en persistir como jefe supremo de un Estado que no es tal Estado y se lanza resueltamente a legislar. Nada le importa que todas sus promesas hayan quedado incumplidas. El "generalísimo" para evadirse de su fracaso se obstina en cumplir precisamente aquello que no prometió. El sublevado ha comenzado a dictar leyes. Acabará por dictar una Constitución para revalidar su gesto anticonstitucional. Acabará por crear un Gobierno para jurarle fidelidad eterna. Ha comenzado —y no ha de dar fin a su tarea— por fundar un Imperio sin fundamento, por crear una España sin españoles, por inventar una angustia "nacional" que sólo es reflejo de su propia angustia.

La marcha sobre Madrid, al año de ser emprendida, se halla en trance de ser codificada. La Victoria nacionalista rebusca entre artículos y triquiñuelas judiciales la manera de producirse. El "caudillo" que tan audazmente se salió de la legalidad verdadera porque ambicionaba, cara al sol, el triunfo por la fuerza se guarece, en vista del mal tiempo, bajo la teja vana de una falsa legalidad, se convierte en dictador al dictado de sus amigos de fuera, se pierde —y pierde la guerra— al no poder dar un paso firme hacia adelante. La duda le hace legislador de ocasión. Por lo pronto, aplicando su propia prosa, el "generalísimo" ha armado caballeros a tres truhanes. "Se concede el título de Gran Caballero de la Orden Imperial de las flechas rojas al Duce de Italia, Benito Mussolini, al Führer Canciller, Adolfo Hitler y al Rey de Italia, Emperador de Etiopía".

Así paga el diablo y así paga el "generalísimo": con títulos honoríficos. Franco que ha dado ya cuanto tiene de ahora lo que le falta: el honor. Si según el "Diario Vasco" citado es "invencible como un César y joven y risueño como un príncipe natural", puede mostrarse también generoso. Generoso hasta el punto de entregar su patria a los mismos amigos que acaba de condecorar con cruces y medallas. Un rey culpable crucificado entre dos dictadores desaprensivos es la nueva imagen del novísimo cristianismo fascista. El "generalísimo", arrodillado ante esta mística trinidad, reza y espera. Pide y confía en que alguien le salvará.

El diario personal de Mussolini exalta los asesinatos de Túnez

El periódico «Giustizia e Libertà», que se publica en París, inserta y comenta un suelto de «Il Popolo d'Italia», órgano oficial de Mussolini, publicado en su edición del 22 del pasado mes de septiembre, y que dice así:

«Es preciso que se sepa en todos los puertos del mundo entero que por doquiera que pase la bandera de la Italia fascista hay jóvenes ardientes, con músculos de acero, que no permiten que ultrajen impunemente el nombre de la patria. Nosotros no podemos por menos de aplaudir la acción resuelta de los marinos del «Vespucci», justificada ante la rabia siniestra y la estúpida ofensa comunista.»

Después de haber manifestado la intención de no permitir que se instale en España «el comunismo ni nada que se le parezca», he aquí que Mussolini expresa su voluntad de hacer reprimir, no importa dónde, por sus propias tropas, la propaganda antifascista, que asume por sí mismo la responsabilidad de toda acción represiva realizada en el extranjero, y, como de costumbre,

amenaza con su cólera a todo el que, de ahora en adelante, se oponga a su voluntad en todos los países del mundo.

Los italianos no piensan abandonar España

PARIS. — Las organizaciones fascistas de Corra han festejado estos días pasados al «jefecillo» fascista Ruffini, «voluntario», en el «ejército de Franco». Nada tiene eso de extraordinario, pues tales hechos se repiten con relativa frecuencia en Italia. Pero lo que es nuevo es la redacción de la carta que ese «voluntario» envió a su organización, carta que fué leída públicamente y publicada en los periódicos. He aquí el contenido:

«Esperamos, arma en mano, a que el Duce Magnífico tenga a bien enviarnos a la conquista de nuevos objetivos, a nosotros, «Llamas de Italia». Desde Santander, ya liberada de los rojos, yo os envío, fascistas, mi saludo más leal. Fascista muy fielmente, Ruffini Fosco.»

(«Verdad», Valencia, 6-10-937.)

Italia y España

Una niebla de otoño pende sobre el Mediterráneo desde que terminó la Conferencia de Nyon y dió comienzo la patrulla anglofrancesa contra la piratería. En la Conferencia de Nyon, la visibilidad era perfecta; todo el mundo podía ver quién estaba allí y quién no, lo que se decidía y lo que quedaba por hacer. Era lo que se aproximaba más a la diplomacia franca del bueno del Presidente Wilson, que no se había visto en muchos años, y tuvo efecto inmediato, pues la piratería a que había de poner fin la Conferencia cesó no a partir del momento en que se tomaron las decisiones de Nyon, sino en cuanto se supo que la Gran Bretaña y Francia querían que la Conferencia tuviese buen éxito. Tal fuerza tiene la decisión cuando se basa en la honradez. La Conferencia era también la primera intimidación al Gobierno italiano, cuya duplicidad había ya excedido de lo que podía sufrirse, intimidación tan saludable como necesaria, pues permitía a los demás países mediterráneos, en caso necesario, proteger la navegación mercante contra los piratas sin la ayuda de Italia si ésta fuera rechazada. Pero los diplomáticos, tal vez sintieron un poco de extrañeza de su propia franqueza. De todas suertes, el hecho es que han vuelto a la grata oscuridad de su arte. La Gran Bretaña y Francia pidieron a Mussolini que colaborase en el plan de Nyon y le ofrecieron la vigilancia de un par de mares locales. El se negó. Invitáronle de nuevo, y desde ese momento no hay nada cierto, salvo, por fortuna, que la patrulla francoinglesa sigue activa. Los italianos apoyados por algunos periódicos británicos dicen que a Italia se le había prometido una participación igual en la patrulla colectiva; otros, incluso M. Delbos, según parece, dicen que no es cierto que se le hubiese prometido nada de eso. Los técnicos navales están ahora en París, y dices que están tratando de hacer que Italia entre en el plan Mediterráneo en iguales condiciones que los demás, con la esperanza de que las potencias de Nyon aceptarán el cambio. Hay en todo esto cierta doblez, pero los que defienden esta conducta confían en que si se le dora a Italia la píldora de Nyon, verá repentinamente la luz, se convertirá y se retirará de España.

Unos cuantos días antes de que Mussolini fuese a Alemania, tras de hablar con gran frialdad de los acuerdos de Nyon, inició súbitamente una amistosa discusión sobre España con M. Delbos en Ginebra. Pronto vino a parar a esto: si Italia había fracasado hasta ahora en dar la victoria a Franco, a pesar de haber enviado a España un ejército y de haber bloqueado la costa republicana, ¿iba ahora a acceder a retirarse? ¿Qué significaría esa retirada? Se han publicado todas las versiones posibles de las seguridades que el agente de Mus-

solini dió a M. Delbos: que Italia no enviaría más tropas, o solamente las necesarias para cubrir las bajas, que las retiraría en la proporción de soldado suyo por soldado de la Brigada Internacional (con lo cual dejaría a la mayor parte de sus efectivos allí) y, que las iba a retirar real y verdaderamente a partir de ahora mismo. No hay quien sepa lo que intentó hacer Mussolini, tal vez se adivine algo cuando regrese de Berlín; pero lo que sí es evidente, es que Francia y la Gran Bretaña le plantean ahora en serio la cuestión de la pronta salida del ejército italiano de España. Han sugerido una Conferencia de Tres; y se salen del Comité de No Intervención con ese fin, lo mismo que lo abandonaron en Nyon para tratar de la cuestión de la piratería. El que se siga este procedimiento tiene una explicación. En el Comité, Alemania e Italia han impedido todo acuerdo sobre la retirada de voluntarios, haciendo mofa del resto de las potencias; y ya es tiempo de que eso termine. Es lástima que los demás países queden excluidos, pero si Mussolini accede a comenzar la retirada de sus tropas, el asunto puede pasar a la Conferencia de Londres. Si se niega a ello, también esto puede trasladarse a la Conferencia y tomar entonces las medidas necesarias.

Puede ser que las seguridades dadas por Mussolini en Ginebra fueran sólo una táctica para demostrar a Hitler que podía estar en buenas relaciones con nosotros si quería. Pero las cosas han llegado a un punto en que las seguridades generales acerca de la retirada no tienen ya valor alguno. Como dijo M. Delbos, el otro día, lo esencial es comenzar la acción. Las conversaciones angloitalianas que comenzarán en octubre, estarán dominadas por esa cuestión. Si Mussolini persiste en hacer una guerra abierta en favor de Franco, ¿qué base hay para un acuerdo entre él y nosotros? Los síntomas en el momento en que escribimos no son halagüeños. En su discurso de Palermo, del 20 de agosto, Mussolini dijo: «Hemos declarado de una manera categórica, que no toleraremos el bolchevismo en el Mediterráneo, ni nada que se le parezca.» Ahora, en Berlín, dice que Italia y Alemania, si otras potencias quieren ser amigas suyas, sólo piden que no pretendan inmiscuirse en los fundamentos de nuestra gloriosa cultura europea. Y su portavoz, Gayda, escribe también en Berlín, que las dos potencias «insisten en la condición de un frente común europeo contra el bolchevismo». Si todo esto significa el restablecimiento de la doctrina de Palermo, y constituye la respuesta final a la pregunta de si Mussolini va a retirar sus tropas, la No Intervención no puede seguir existiendo.

(«The Manchester Guardian», 29-IX-937.)

“Si existe una España de maravilla es porque alientan unos españoles maravillosos”

Entreviú con Jean Cassou

y II

—Ciego será quien no vea, quien no sienta ya —continúa Cassou—, la repercusión formidable en el Mundo de la guerra española. Prefiero concretar, aunque sea amputando resonancias al tema. Yo sé afrontarme serenamente con las dos posibilidades. ¿La ceguera y el egoísmo de las democracias, deciden el crimen monstruoso de la derrota de los republicanos españoles? Bien; que nadie se haga la ilusión de que los que pierden sólo han de ser éstos... El Mundo, desde el día siguiente, no vivirá una hora de tranquilidad. Con todo, si mucho se habrá perdido, no se habrá perdido todo. Mi fórmula es ésta: «Volveremos a empezar.» El vehículo del progreso humano no podrá detenerse; jamás vuelve al punto de partida. El Mundo lleva un rumbo, una dirección. Las fuerzas que lo impulsan podrán ser constreñidas. Ganarán en intensidad lo que pierdan en volumen. La libertad se erige sobre las columnas de la inteligencia, que es el atributo inalienable de la naturaleza humana. Nada se hace sin la inteligencia. Si el fascismo, en cambio, se empeña en que la derrota de Franco es su propia derrota, la victoria republicana será el derrumbamiento de un aparatoso castillo de naipes, la demostración de que nada sólido se construye sobre la mentira, el hambre, la esclavitud, el egoísmo y la injusticia. Repito y repetiré siempre: «Nada se hace sin la inteligencia.»

—Se ha hecho en Francia muy mala y muy buena literatura sobre España. De la mala, no vale la pena hablar. Por el solo hecho de ser mala, ya se condena a sí misma. De la otra, yo

destacaré su falta de humanidad, aunque artísticamente haya alcanzado cimas difícilmente superables. Tenemos el caso de Barrés. Barrés no era un farsante. Era un hombre leal y profundamente sincero. El vió en España una cosa que antes que él, en Francia, nadie había visto. Y supo expresar magistralmente su visión. Una España embriagada de su propia nobleza y antigüedad, aristocráticamente melancólica, *rêveuse* y estática. Siendo esto, sobre todo, como era, la reflexión del propio espíritu barresiano sobre el paisaje geográfico y espiritual español, no era, sin embargo, una invención arbitraria. Esa España existe y a Barrés no se le podía exigir que viera otra. Yo, que entiendo la función del intelectual como una actividad operante hacia fines humanos, no rechazo, con todo, estas visiones puramente artísticas. No sólo no las rechazo: me extasio ante ellas. Pero lo que no hago es considerarlas como una suerte de estación término de un viaje intelectual por España; lo que intento es concretar que, si existe verdaderamente, como es cierto, esa soberbia España que vió Barrés, es porque detrás de ella alienta un pueblo heroico, magnífico, con una capacidad de sacrificio que tiene asombrado al Mundo entero; un pueblo tan henchido de vitalidad, que todas las grandes empresas le son accesibles; un pueblo de cuya colaboración no se puede prescindir para salvar lo que hay que salvar. En el Mundo, de Humanismo, de Intelectualidad, de Gracia, de Espíritu. Muchos franceses se complacen tanto con esa España suntuosamente decorativa, con ese milagro de supervivencia, que es la España poética vista por nuestros mejores literatos, que no quieren ir más allá, que no quieren saber cómo esa España mágica —y real, sin embargo—, sólo es posible gracias al pueblo español. «¡España de maravilla!» —exclaman—. En efecto, añado yo; pero no olvidéis, que si hay una España de maravilla, es porque hay unos españoles maravillosos. Mostrar y explicar al Mundo este pueblo, con todas sus angustias, sus aspiraciones, sus posibilidades, sus excelencias e incluso sus defectos; considerar su presente y su porvenir, como una proyección de su pasado, constituye todo el programa de mi hispanofilia.

FERNANDO DE LA MILLA

París, septiembre 1937.

Manifestaciones de Luis Jiménez de Asúa “Heraldo de Madrid”

España ha logrado un importante avance en el aspecto internacional

Son varios los diputados de los partidos de izquierda que se encontraban en el extranjero, todos ellos con misiones especiales ordenadas por el Gobierno del Frente Popular, que al anuncio de las sesiones de Cortes han regresado a España para cumplir con sus deberes parlamentarios.

Uno de ellos es don Luis Jiménez de Asúa, ministro de España en Checoslovaquia, que, con Alvarez del Vayo, ha llevado la dirección de los últimos debates de España en Ginebra.

Aprovechamos la asistencia de don Luis Jiménez de Asúa a las sesiones de Cortes para hablar con él, en primer lugar, sobre las atenciones que Checoslovaquia tiene para la democracia española.

—Aunque no me gusta hablar de aquel lugar en donde estoy, porque la natural reserva diplomática lo veda —nos dice—, quiero, sin embargo, dejar consignado que en Checoslovaquia, país democrático por excelencia, el noventa por ciento de su población está francamente a nuestro lado; nos presta una decidida ayuda moral, y siente como propios los problemas de la República española.

—¿Cuál es, a su juicio, la ayuda más eficaz que nos presta Checoslovaquia?

—Además del apoyo moral, como antes decía, la democracia de aquel gran país se cuida de manera esencial de proporcionarnos viveres, material sanitario y de otras cosas. Por su situación geográfica en Centro Europa, sirve de lazo de unión con otros países para que puedan llegar hasta España materias primas de gran utilidad.

Por unos momentos, nos separamos de don Luis Jiménez de Asúa, por ser requerido por don Julio Alvarez del Vayo, a quien le han avisado que le llaman de Ginebra para celebrar una conferencia telefónica. Y cuando de nuevo el señor Jiménez de Asúa nos atiende, la conversación recae en los problemas que España tiene planteados en la Sociedad de Naciones.

—Estamos en unos momentos de gran trascendencia internacional —nos dice nuestro delegado en Ginebra—. Después de la brillante in-

tervención del jefe del Gobierno español, ante el Consejo de la Sociedad de Naciones, se han impresionado enormemente las potencias europeas. Las palabras del doctor Negrín fueron claras, terminantes, concluyentes.

—¿Qué repercusión inmediata tuvieron las manifestaciones del primer ministro español?

—La primera fué que los mismos países que forjaron el Comité de No Intervención, reconocieran por vez primera la ineficacia del mismo.

—¿Se reconoce oficialmente la intervención italoalemana?

—Virtualmente está reconocida ya que se ha votado la condena de esta intervención.

—¿Cuál es la más importante de las resoluciones de la Comisión sexta?

—Precisamente la de condenar la agresión italoalemana de que es objeto España.

—¿Continuará ocupándose activamente la Sociedad de Naciones de la solución del problema español?

—Desde que comenzó la sublevación militar en España no ha dejado de existir una preocupación en Europa por su solución; esta preocupación ha sido constante, porque el resultado de nuestra guerra afecta enormemente a muchos pueblos.

La lucha en España significa para todos los países tanto como vivir a lado de un volcán; por eso se tomaron las medidas que en principio parecían convenientes para apagar esta erupción. Pero lo que ha ocurrido es que esas determinaciones han resultado ineficaces y ahora es motivo de meditación constante por parte de todas las potencias corregir los defectos que se han ido apreciando. Han tenido que pasar muchas cosas para que se fuese conociendo lo que estaba mal hecho y para que el Mundo se convenciera de que las naciones autocráticas no cumplían ninguno de los pactos que se habían comprometido, con merma evidente de los derechos de la España republicana.

—¿No permitirá, pues, la Sociedad de Naciones que continúe en su sucesiva intervención de Italia y Alemania?

—Esto parece que ha llegado a su fin. La resolución de la Comisión sexta es favorable en cuanto al conocimiento de la injerencia del fascismo internacional, y por eso en un brevísimo plazo de tiempo se ha de llegar a la solución definitiva.

—¿Cuál es la actitud de Inglaterra y Francia en este punto concreto de la intervención italoalemana?

—Tanto Francia como Inglaterra tienen el máximo interés por que sea una realidad efectiva la retirada de «voluntarios» y en que no envíen a la Península nuevas divisiones italianas. Por eso estos dos Estados continuarán las gestiones conjuntas que realizan.

—¿Qué punto ha sido el más discutido en esta etapa de reuniones de la Sociedad de Naciones?

—Sin duda alguna, el que ha permitido ver de manera clara y concreta que las mismas potencias que formaron el Comité de No Intervención han sido las que reconocieron su ineficacia. Este punto, en el aspecto internacional, tiene suma importancia, pues con ello España ha conseguido un avance de índole moral y material que no se hará esperar mucho tiempo, y repercutirá de manera eficaz en la solución de nuestra guerra...

Estas son las palabras de nuestro representante en Ginebra y en Checoslovaquia.

Sensacional discurso del Presidente norteamericano

Roosevelt atacó duramente a los países fascistas, condenando la ingerencia de tales Estados en los problemas interiores de otros países

CHICAGO 5, 10 noche.—Con motivo de la inauguración de un puente monumental, el Presidente Roosevelt, ha pronunciado un trascendental discurso sobre política internacional, dirigiendo vivos ataques contra las naciones belicosas.

Manifestó que las esperanzas puestas en el pacto Briand-Kellogg se han desvanecido en estos últimos meses, que son índice de una época de barbarie y terrorismo reaccionario, mientras que las naciones democráticas en todo tiempo jamás pensaron en recurrir a las armas para apoyar su política.

«Actualmente —siguió diciendo— reina el terror y la ilegalidad internacional, habiéndose comenzado por la ingerencia de algunos países en los asuntos interiores de otras naciones o con la invasión de territorios extranjeros, violando los tratados».

Esta situación se ha agravado ahora hasta el punto de constituir una seria amenaza a los cimientos de la civilización.

Sin declaración de guerra, y sin ninguna cosa que lo justifique, son asesinados con toda clase de bombardeos los paisanos, las mujeres y los niños.

En tiempos de «paz» —añadió— se atacan y torpedean sin razón ni previo aviso por buques submarinos los barcos mercantes.

Existen naciones que conspiran y participan en la guerra civil de un país que jamás les hizo mal alguno. Naciones que reclaman su libertad, se la niegan a los otros, y actualmente son sacrificados pueblos inocentes y naciones, al ansia de un poder y una supremacía que carece de justicia y de sentido de humanidad.

Resume lo que pueda producirse en el mundo a causa de tal estado del ambiente y añade:

«El hemisferio occidental no será afectado y continuará tranquila y pacíficamente viviendo con arreglo a las normas de la civilización».

Expresó su esperanza en el porvenir, declarando:

«Deseamos un mundo en el que podamos respirar con libertad y vivir sin miedo. Para esto, las naciones amantes de la paz deben esforzarse unidas para reforzar las leyes y principios que constituyen las bases únicas para garantizar la paz. Estas naciones deben hacer tal esfuerzo en oposición a las violaciones de tratados».

Los que ignoran las leyes de humanidad son los actuales creadores de una anarquía internacional y de una situación de inestabilidad de la que no sólo por el aislamiento o la neutralidad puede uno alejarse».

El Presidente subrayó una vez más la necesidad de una entente entre las naciones pacíficas, manifestándose de este modo:

«Hay que restaurar la confianza en la palabra «compromiso», en el valor de una firma y en los tratados. Es preciso reconocer que la moralidad nacional es tan esencial como la moralidad del individuo».

El señor Roosevelt continuó insistiendo sobre los principios de la moralidad internacional y luego trató de la posibilidad del aislamiento, declarando lo siguiente:

«Existe en el mundo una solidaridad e interdependencia, que hacen técnica y moralmente imposible que una nación se aísle completamente de los fenómenos económicos y políticos del resto del mundo, esencialmente cuando estos transformos en vez de disminuir parecen extenderse».

Es cuestión de vital importancia para el pueblo americano que quede restaurada la santidad de los tra-

tados y el mantenimiento de la moralidad internacional».

Luego habló el Presidente de las cuestiones económicas internacionales, para decir que la mayoría de las naciones deseosas de paz se esfuerzan en suprimir las barreras aduaneras.

Demostó que los Estados Unidos dedican menos del doce por ciento de su presupuesto para armamentos.

Agregó que la paz y la libertad del noventa por ciento de la población del mundo, están amenazadas por el diez por ciento restante, que atacan los principios de las leyes internacionales.

«El noventa por ciento anhelantes de paz pueden y deben encontrar el medio de revalorizar su voluntad».

Esto interesa enormemente al mundo entero, puesto que de lo que se trata no es ya sólo de las violaciones de ciertas reglas especiales y de ciertos tratados, sino de la guerra y de la paz, de la ley internacional y especialmente de los principios humanitarios.

Es cierto que afecta especialmente a las violaciones del Covenant de la S. de N., del pacto Briand-Kellogg y del tratado de las Nueve potencias, pero también a los problemas económicos, de la seguridad del mundo y de la humanidad.

La conciencia mundial debe reconocer toda la importancia que supone que se suprima la justicia».

El Presidente norteamericano comparó a continuación la situación internacional con una epidemia que la comunidad debe evitar, poniendo en cuarentena a los enfermos, y añade lo siguiente:

«Estoy decidido a continuar la política de paz y a emplear todos los medios para evitar que se nos mezcle en la guerra».

Debiera ser inconcebible que, en los tiempos modernos, una nación cualquiera sea tan loca y cruel para que arriesgue lanzar al mundo entero a una guerra, invadiendo territorios de otras naciones demasiado débiles para defenderse, violando tratados solemnes y sin provocación alguna.

Por consiguiente, la paz del mundo está actualmente amenazada de hecho por este estado».

Roosevelt terminó su importantísimo discurso de este modo:

«La guerra es contagiosa, sea declarada o no. Engloba a pueblos y naciones en el teatro de las hostilidades, y aunque nosotros estemos resueltos a apartarnos de ella, no podemos evitar sus desastrosos efectos ni el peligro de ser mezclados en la contienda».

Debemos adoptar medidas para reducir posibles complicaciones, pero no podemos protegernos completamente en un mundo envuelto en el desorden.

Se deben restaurar los principios de la paz para que tenga vida la civilización y la confianza entre las naciones».

El deseo de paz debe manifestarse de tal forma, que queden disuadidas las naciones que pretenden violar los acuerdos y atentar contra los derechos de las demás.

Hay que realizar intentos positivos para salvaguardar la paz.

América detesta la guerra y espera la paz.

América está, pues, comprometida activamente en lograr la paz».

El discurso de Roosevelt fué pronunciado ante unas cincuenta mil personas y radiado a todos los Estados Unidos.

El Presidente fué interrumpido en numerosos pasajes del mismo,

por los aplausos de la multitud.

Se sabe que el discurso será enviado a todos los representantes diplomáticos de los Estados Unidos.

¿Se retirará Méjico de la S. de N.?

El gesto será consecuencia de la conducta de la S. de N. en el conflicto español

MEJICO, 5, diez noche. — Un grupo de diputados tiene la intención de proponer a la Cámara la retirada de Méjico de la Sociedad de Naciones, basándose en la actitud de la Liga con respecto a España.

El vicepresidente de la Cámara, doctor Héctor Pérez Martínez, ha declarado a este propósito:

«La opinión mejicana lamenta que la Sociedad de Naciones no haya seguido a la delegación en la cuestión de la guerra civil española ni haya prestado todo su apoyo al Gobierno legítimo de España».

Ha sido procesado el terrorista italiano Fiomberti

PARIS, 5. — El fiscal de la República, ha procesado al terrorista italiano Ando Fiomberti, como supuesto autor de la destrucción, mediante explosivos, del edificio de la Federación Patronal francesa, muerte de un hombre e intento de homicidio voluntario.

Las nuevas tácticas dilatorias

LONDRES. — La nota anglofrancesa invitando a Italia a la Conferencia de las Tres potencias, será enviada a fines de esta semana. La Conferencia tratará no solamente de la cuestión de los voluntarios en España, sino de la no intervención en general. Su propósito es hacer lo que el Comité de No Intervención no ha hecho; es decir, que la no intervención sea en corto plazo una realidad.

En nuestro país aumenta la impaciencia a medida que continúa la intervención. El punto de vista italiano, expuesto por el señor Grandi en su conversación de hoy con el señor Eden, no se considera halagüeño, pero se espera y se cree que será modificado para que pueda evitarse toda grave tensión entre Francia y la Gran Bretaña de un lado, e Italia, de otro.

El punto de vista italiano es que los resultados de la propuesta Conferencia de los Tres quizá no sean aceptados por Alemania y Rusia y que la Conferencia debe celebrarse dentro del sistema del Comité de No Intervención; en otras palabras: con la participación de Alemania y Rusia.

Parece también que Italia desea plantear la cuestión de los derechos de beligerante sobre la base de la nota británica de julio último. En esta nota se proponía que los voluntarios habrían de ser retirados de España y que cuando se considerase por una Comisión nombrada por el Comité de No Intervención que la retirada había comenzado, entonces se reconocería un estado de beligerancia.

El problema español se ha convertido en una cuestión de seguridad anglo francesa en el Mediterráneo. Es, por tanto, una cuestión vital. El tono —o mejor el doble sentido— de los discursos pronunciados por Hitler y Mussolini en los últimos días se considera aquí como un poco truculento, pero no se cree que el cambio de impresiones entre los dos dictadores haya dado algún resultado tangible. Algunos de los *leaders* políticos alemanes han hablado de una alianza militar italo alemana, pero esta

El fascismo, ¡he ahí el enemigo!

En la gran maniobra de infiltración que la Internacional fascista persigue en Francia, Orán representa, al mismo tiempo, el papel de objetivo importante y de punto de partida.

Punto de partida mediterráneo, situado en el frente de la guerra de conquista que preparan Alemania e Italia, ofrece además la ventaja de ser casi limítrofe del Marruecos germano-francés.

Además, el carácter particular del fascismo de Orán hace que, más fácilmente aún que en otra parte, las intrigas extranjeras puedan hallar sólidos apoyos entre los franceses que continúan llamándose «nacionales».

Mucho antes que Francia descubriera los manejos de los terroristas internacionales, el carácter antinacional del fascismo se extendía por nuestro territorio a la luz del día. Se manifestaba en los símbolos de propaganda y en las consignas. Un antisemitismo bajo las formas más inmundas ha hecho palidecer de envidia a M. Goebbels, la cruz gamada pintada en las fachadas de las casas, el grito frecuentemente oído de «Vive Hitler», todo denuncia la fuente de inspiración donde bebían nuestros fascistas, y el único objeto de su amor: Alemania.

Con el desarrollo de la ofensiva germano-italiana a través del mundo y la invasión de España por las hordas franquistas, estas simpatías encontrarán en donde emplearse de una manera más activa y peligrosa.

Tráfico de armas y de subvenciones, reclutamiento de «voluntarios», espionaje y hasta la tentativa de rapto de un cónsul español hemos denunciado nosotros. Y convendría añadir a ello la preparación de un golpe de mano en Argelia imitando al de Melilla. El P. P. F. no ha realizado por casualidad un esfuerzo particular en nuestro departamento.

Al principio, hemos visto la inercia de una administración, que parecía creer que desde el momento en que el escándalo fuera público no era ya necesario actuar. No hemos cedido al desaliento y, seguros del apoyo de todas las gentes honradas de Argelia, merced también al «soplo republicano» que acaba de manifestarse en algunos lugares, hemos logrado un comienzo de depuración tardía, pero cuyos esfuerzos se dejan ya sentir.

La acción emprendida en Orán debe ser extendida a toda el África del Norte. No basta con que la cadena de la traición se rompa en un punto; se reconstituiría con demasiada facilidad. Es inconcebible que mientras tantos extranjeros son expulsados de Francia sin motivo, agentes españoles e italianos continúan con toda tranquilidad su obra nefasta de Túnez a Casablanca. Es inadmisibles que ciudadanos franceses continúen trabajando abiertamente contra su país a cuenta de la Internacional fascista.

Ayer aún, la Hoja antinacional de Orán tomaba en sus columnas la defensa del famoso Troncoso autor, con un general italiano, de un plan de invasión de Francia, por el País Vasco. Que se descubra mañana en casa de cualquier reclutador de voluntarios un proyecto de invasión de Argelia por la frontera del Marruecos español y el mismo día acusará a las autoridades francesas de operar detenciones arbitrarias.

Lo hemos dicho ya. No hay más que un remedio: LA DEPURACIÓN.

Si Francia quiere evitar la guerra mediterránea, si quiere conservar África del Norte, debe entablar una lucha en serio contra la gangrena fascista.

MICHEL ROUZE
(«Orán Republicain», 26-IX-937.)

idea es rechazada por los jefes militares.

Ni siquiera parece que el famoso «eje Roma-Berlin» haya conseguido su principal propósito, esto es, aumentar el valor nocivo de Italia, y lamentamos que haya aquí personas pertenecientes a los llamados círculos superiores que pretendan que la política británica en España debiera ser más acomodaticia, basándose en que «Nyon fué bastante». La opinión que aquí prevalece es que la intervención en España debe terminarse independientemente de lo que pase entre Roma y Berlín.

Está claro que Italia desea hacer de la proyectada Conferencia de los Tres exactamente lo contrario de lo que aquí se quiere que sea, es decir, un comité de no intervención con otra forma. En efecto, deja que pase el tiempo, pues cree que éste está de su parte y que si las discusiones pueden ser prolongadas el general Franco ganará la guerra... y cuando esto llegue los «voluntarios» pueden ser retirados y ya no importa que se abra la frontera francesa.

Italia es la principal potencia intervencionista y la Gran Bretaña y Francia las principales potencias no intervencionistas. Si Italia acepta la no intervención en la práctica como la acepta en teoría, la intervención terminará, pues Alemania no querrá ser la única que ayude a Franco y traspase los límites de los vitales intereses anglo franceses.

El fin de la intervención será el fin de la influencia italiana y alemana en España. Pero si la intervención no cesa, es decir, si la táctica dilatoria de Italia tiene buen éxito, y como resultado de ella se abre la frontera francesa, entonces Valencia podrá comprar armas en Francia y Francia puede estar segura del apoyo inglés cuando quiera que abra la frontera. La retirada de italianos y alemanes de España se considera aquí y en París como una necesidad urgente, porque su presencia continuada es una amenaza a los intereses vitales de Inglaterra y Francia.

(«The Manchester Guardian». — 1-X-37.)

El Frente Popular alemán, fundador de la cultura alemana

De Beethoven y Schiller a Goebbels y Rosenberg.-- Gran demostración cultural de la emigración alemana en París

El día 11 de septiembre efectuaron los emigrados alemanes en París una gran demostración cultural, que fué la respuesta a la semana de *Kultura* organizada por Goebbels. La demostración cultural de los emigrados antifascistas, constituyó una revelación del Frente Popular alemán, guardador de la cultura alemana, que Hitler difamó. Socialistas, comunistas, demócratas; todos fueron partidarios de una Alemania libre, de una Alemania pacífica.

El camarada socialista, Robert Breuer, dijo:

Si los nazis se acercasen a Beethoven, cometerían un sacrilegio. El que no entienda más que un poco a Beethoven, sabe lo que ha sido capaz de crear, sabe también cómo expresa en sus obras la voluntad de la libertad. Así, constituye su música de «Egmont» un triunfo de Libertad, y ésta no se puede borrar ni con la tiranía, ni con el sable. En «Fidelio», ¡qué bien se advierte que Floristán representa al desgraciado pueblo alemán! Beethoven, hombre libre, que vivió en la Revolución francesa el cambio del mundo, el tránsito de un tenebroso pasado hacia un brillante porvenir, observó con angustia que Napoleón se coronaba Emperador.

Entre Beethoven y el nacional-socialismo no puede haber ninguna clase de relaciones, y lo mismo ocurre entre Wagner y los nazis. Si Richard Wagner hubiera tenido la desgracia de nacer bajo el régimen nacionalsocialista, nunca se le hubiera ocurrido escribir sus óperas. Wagner era revolucionario y, es más, ayudó a hacer la revolución. Era amigo de Meyerbeer, que era judío, y seguramente hubiese sido expulsado por los nacionalsocialistas, ya que no pertenecía a su raza.

Las últimas experiencias le hacen a uno desconfiar de la palabra cultura. Si la cultura defiende al terror, ¿no es entonces una vana ilusión? No. Cultura, no es una vana ilusión, ni lo será jamás. Pero, desgraciadamente, en su nombre se han cometido los crímenes más horrendos. El orador recordó a los oyentes la manifestación en pro de la cultura, efectuada en Alemania al principio de la guerra mundial. Fué la humillación más grande para los que tenían aún un poco de conciencia. Desde entonces se empezó a escribir cultura con K. Desde entonces se rebajó y humilló la palabra cultura. Desde entonces, hallaron muchos, bajo la palabra cultura, un refugio seguro. Cultura con K era el militarismo alemán, era la conciencia alemana. Los nacionalsocialistas son los descendientes de aquellos profetas.

El orador señaló también cómo el Tercer Reich vive a costa del pasado. Hay una herencia cultural que no puede borrarse. Cuando Streicher halle ante médicos de otras naciones, es cuando podrá apreciarse la cultura de los nazis. La otra es la antigua. La de todos. El sistema nazi tiene que ser por la fuerza, enemigo de toda cultura. La transformación del nazismo en una iglesia sin Dios, en la que el punto central de la nación sea un ídolo, prospera con rapidez. El poder manda lo que hay que pensar. Así, pierde la ciencia su base.

La consigna de Schiller es nuestra consigna

Bruno Frei explicó los grandes problemas que tiene que resolver el Frente Popular en su lucha por la cultura, y agradeció la labor que realizan los amigos de los emigrados alemanes. Después de señalar lo que Hitler entiende por cultura en «Mein Kampf», explicó Bruno Frei lo siguiente:

Entre Schiller, el hombre que considera indispensable la fraternidad entre los humanos, y Hitler, que sólo habla con unos cuantos privilegiados y mira a los demás como si fueran bestias, hay un abismo. No cabe la comparación. Hitler pone la cultura al servicio de la guerra, por eso es el peor enemigo de las ideas de libertad, igualdad y fraternidad. Hitler tiene que prohibir la libertad de pensamiento y tiene que exigir ciega obediencia, ciega confianza, porque su propósito es llevar al pueblo alemán hacia la catástrofe de la guerra, hacia la catástrofe del ridículo. La cultura, tal como la entendieron los grandes hombres de Alemania, es la idea del progreso de la libertad, de la vida pacífica entre los pueblos. Guardador de estas ideas de la cultura alemana es el Frente Popular alemán. Si nosotros, los antifascistas alemanes, luchamos todos unidos por una Alemania libre, por una Alemania humana, por una Alemania de paz, entonces seremos los herederos de Herder, de Schiller, de Beethoven. La consigna de Schiller, es la consigna del Frente Popular alemán.

Si Hitler ve en la democracia una fuerza de destrucción de la cultura, es porque teme, él y sus millonarios, a la democracia.

Luchamos por el desenvolvimiento del pueblo alemán, si luchamos por una República democrática popular.

Lo que representa la emigración alemana, como factor en la lucha contra el fascismo, lo vemos en esta escala, donde comunistas, socialistas y demócratas, se manifiestan todos juntos contra Hitler. Lo mismo que en París, se debería organizar en todos los lugares donde haya alemanes estos círculos de amigos del Frente Popular, que luchan por la verdadera cultura alemana, por una Alemania libre. Esta es nuestra respuesta a la semana de cultura celebrada en Alemania.

Enviamos nuestro saludo a todos aquellos que han levantado su voz, desde el fondo de la ilegalidad, en pro del Frente Popular.

Cuando Hitler toque el clarín de guerra será señal de que va adelantando la unión entre socialistas y comunistas en el interior de Ale-

mania, y para el mundo, será un mensaje de paz.

Pero debemos recordar otro frente de guerra, donde se defiende la cultura alemana: España, Renn, Regier, Kisch, Marchwiza, así como otros muchos combatientes libres, que luchan en el Ejército popular español contra Hitler, luchan por el Frente Popular alemán.

El ejemplo de España, nos alienta a todos los alemanes. A Hitler hay que prepararle la derrota, no sólo en Madrid, sino en Berlín. Si en el Manzanar es posible la unión de socialistas, comunistas, católicos y demócratas, por qué no ha de serlo en el Spree? Si queremos vencer, tienen que establecerse la unión en Berlín, en Hamburgo, en Munich; en toda Alemania, como se ha establecido en el frente español de combate.

Cumplamos las palabras que la delegación del Frente Popular alemán dirigió al pueblo germano en la conferencia que aquí celebró en abril último.

«Estrechémonos las manos. Unámonos todos contra el enemigo común: Hitler. Socialistas, comunistas, demócratas; todos, ayudémonos y demos fin a todas las discordias, que no hacen sino ayudar a Hitler. Formemos el gran Frente Popular alemán, único que puede conducir a la derrota de Hitler.

(«Deutsche Volkszeitung», 19 de septiembre de 1937.)

Europa Central y el Mediterráneo son el engranaje de las entrevistas del Führer y el Duce

Es bastante difícil discernir exactamente, por las lecturas de los informes procedentes de Munich, el giro de las conversaciones Hitler-Mussolini. Los comentarios de la Prensa nazi y los de la Prensa fascista, celebran ante toda la comunidad de las dos ideologías, que son impuestas por la violencia en Alemania y en Italia. Anuncian que comienza una nueva Era en la historia de Europa. Mussolini, interrogado por el «Frankische Tageszeitung», declara:

«Dos pueblos van a tenderse la mano, van a ponerse el saco a la espalda y el fusil al hombro para marchar juntos hacia el porvenir, porque el porvenir nos pertenece.» Tal es el primer resultado de las sonrisas y buenas palabras que fueron prodigadas a fines de la semana pasada al dictador italiano por la diplomacia francobritánica.

Temed, nos decían, excitar la bestia. No escribáis que el Gobierno italiano es directamente responsable de los atentados terroristas. Guardaos de recordar al barón Aloisi, el ex amigo de Laval, que es especialista en golpes de mano. No aconsejéis a la Sociedad de Naciones un acto de energía, que sería interpretado por el Duce como un desafío. Por poco que toméis estas precauciones, los dos compadres de Munich ofrecerán el ramo de olivo.

Y bien, ¡no, los dos compadres no tienen el ramo de olivo! Anuncian que sus pueblos van a ponerse el saco a la espalda para conquistar el mundo con el fusil en la mano!

Los diarios nazis precisan que la entrevista italoalemana iniciará «la época de la liquidación definitiva de las ideas de 1789 en Europa». ¡Esto sí que es hablar!

Hasta ahora, nos afirmaban en Berlín y en Roma que los dictadores se habían asociado para salvar el mundo «del azote bolchevique». Es decir, que se proponen una empresa filantró-

pica. Lo que la mayoría de los mortales tomaban como un atentado contra la paz, no era, en el fondo, más que un acto de solidaridad contra el bolchevismo.

La definición del bolchevismo era, sin duda, bastante elástica. Al menos, cuando Hitler y Mussolini designaban su próxima víctima, tenían cuidado, con anterioridad, de calificarla de bolchevique. Ahora se tiene una franqueza. Los dos representantes del fascismo se asen a las «ideas de 1789». A quien se declara la guerra es a los ideales de la Revolución francesa y a los principios de la Declaración de los Derechos del Hombre. Hace algunas semanas que el Gobierno francés tuvo la desgraciada idea de ordenar a François Poncet que fuera a escuchar estas exhortaciones insultantes al Congreso de Nuremberg. Sin duda, M. Camille Chautemps contaba así advertir al Führer y modificar la elocuencia del doctor Goebbels. ¡Mál cálculo!

Hasta ahora, los sabios sin sabiduría nos decían: «Por nada del mundo tomaremos parte en la cruzada entre el comunismo y el fascismo». Perdón, señores, no se trata de comunismo. Los augures de Munich os lo advierten. Predican la cruzada contra la democracia.

Pero en fin, nadie piensa seriamente que los dos personajes se hayan reunido para hacer la guerra a la Declaración de los Derechos del Hombre. El objetivo que persiguen es mucho más prosaico.

Dos grandes problemas dominan la conversación: Austria y España, la Europa central y el Mediterráneo.

Obsérvese que, en las conversaciones que se llevan a cabo, Italia es la pediguña.

Mussolini, a pesar de lo que se diga, no se ha desembarazado de la aventura africana. No es verdad que haya terminado la conquista de Etiopía. Además, es probable que su actuación fuese extremadamente difícil si

Francia no le hubiera autorizado a utilizar el ferrocarril Djibuti-Addis-Abeba.

Mussolini se ha comprometido en la aventura española. Le es indispensable obtener la ayuda del Tercer Reich.

Alemania no concederá su colaboración activa a Italia en el Mediterráneo más que a cambio

Una manifestación de fascistas, en Londres, dió lugar a serios incidentes

Millares de antifascistas realizaron una imponente protesta

LONDRES. — Una manifestación celebrada el domingo por los camisas negras, partidaria del fascista inglés Mosley, ha dado lugar a graves incidentes.

La manifestación marchó hacia Bermondsey, a orillas del Támesis, entre un griterío de la multitud antifascista, difícilmente contenida por la policía. Ante la violencia de la protesta, las autoridades tuvieron que variar el recorrido de la manifestación. En Longlane, donde había congregados millares de antifascistas, se había levantado una barricada con camiones viejos, carretillas y vallas de madera rodeadas de alambre espinoso. Sobre la barricada ondeaba la bandera roja. La policía hizo desaparecer esta barricada, pero la muchedumbre la levantó de nuevo unos centenares de metros más allá.

En Street, la muchedumbre indignada, consiguió varias veces romper los cordones de policía y llegar hasta los fascistas.

Al variarse el recorrido, los camisas negras siguieron el camino a lo largo del río entre continuas protestas de la muchedumbre antifascista. El público entonaba «La Internacional» y el «Rule Britannia». En Jamaica Street, la policía intervino y dió una carga, deteniendo a numerosas personas. Dos agentes resultaron heridos. En este lugar se había formado una lar-

Las informaciones que publica este BOLETIN responden siempre a la veracidad más estricta

de una absoluta libertad de acción en Austria.

Es verosímil que sea sobre esta base sobre la que se prosigan las entrevistas de Mussolini en Berlín. Lo que está en juego es la suerte de la España independiente y la suerte de Austria independiente.

No llegamos a comprender que las concesiones aparentes o reales que se hicieron al duce la semana pasada, hayan, de alguna manera, preservado a Austria. Por el contrario, son de naturaleza tal que permiten a Mussolini exigir con más probabilidades de buen éxito la alianza alemana en la guerra de España.

En todo caso, un acontecimiento puede influir en las entrevistas de Berlín. Ayer, en París, bajo la presidencia de M. César Campinchi comenzó la conferencia de los almirantazgos, en la cual participa el perito italiano.

Puede ser que si la conferencia revela la resolución franco-británica de no modificar en nada el acuerdo de Nyon y de resistir a las tentativas de disolución del acuerdo, disminuirán singularmente las probabilidades de una alianza guerrera italo-alemana contra España.

Se ruega a M. Camille Chautemps y César Campinchi que se acuerden de ello.

GABRIEL PERI

(«L'Humanité», 28-9-1937.)

Catorce mil italianos heridos o enfermos en España

ROMA, 5, diez noche. — A pesar de que no se haya hecho público cálculo alguno, en general se admite que el número de italianos heridos que han tenido que ser repatriados de España, se eleva a unos siete mil, y el de enfermos, también repatriados, en otros 7.000. Por otra parte, como ya se sabe, la cifra oficial de los muertos italianos en España, facilitada el 20 de septiembre, era de 1.226.